

SOBRE LAS INTERPRETACIONES *del* QUIJOTE *

Por JOSE MARIA PEMAN

CON ocasión del IV Centenario de Cervantes se ha convocado esta Asamblea Cervantina de la Lengua. Hemos llamado a ella a todos los estudiosos de cualquier parte del mundo, sin preferencias ni distingos, que tengan algo que decir en la materia. Y estas viejas piedras pensativas de Alcalá de Henares les reciben con amor y sin asombro, porque no hay universalidad, por ancha que sea, que pueda asombrar a este viejo rincón de Castilla, unido históricamente al nacimiento del autor del *Don Quijote* y al nacimiento de la Biblia políglota complutense. Es decir, vinculado a la raíz de los dos libros más universales de la Historia, en lo divino y en lo humano; de los dos libros que, encarando todo el problema del hombre, frente a Dios o frente a la vida, tienen asegurado en todas las almas y en todos los países una cordial acogida y una fervorosa aclimatación. Por eso se ha llamado a estudiosos de todas partes, de todas las lenguas y de todas las culturas, sin otro denominador común que aquel que significa el letrado que, parodiando

(*) Discurso pronunciado por D. José María Pemán, Presidente de la Academia de la Lengua, en el paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares, con ocasión de inaugurarse la Asamblea Cervantina.

el de la Academia platónica, podríamos hoy escribir a las puertas de esta Universidad: «Nadie entre sin amar a Cervantes», porque ese solo amor, única credencial que hemos exigido, es por sí solo garantía suficiente, no ya de un grado de cultura, sino de lo que vale más, de un nivel de moral, de una madurez en el sentido pacífico y tolerante del amor a los hombres y de comprensión fervorosa de los problemas de su intimidad. Alternan, como habéis visto, en el programa de esta Asamblea, los temas estrictamente técnicos y lingüísticos y aquellos más amplios, más genéricos, enfocados hacia una exégesis de la gran obra cervantina. Quisiéramos que en la primera parte, de un modo preferente, aunque no exclusivo, nos refiriéramos a los temas lingüísticos más estrictos, aunque, naturalmente, éstos sólo reciban en ella un primer impulso motor, puesto que por su volumen ello ha de ser nada más que siemiente de futuras elaboraciones y fecundidades. Este tratamiento común del castellano, de un lado y otro de ambos mares que nos proponemos en esa parte de la Asamblea, nos llevará a conclusiones fundamentales acerca del idéntico sello dualista que en uno y otro lado lo sella, como a todas las cosas hispánicas siempre partidas entre un sentido centripeto de unidad y un sentido centrífugo de variedad o diversidad, como reflejo de nuestra trabajosa y difícil formación unitaria, romana, sobre un fondo primitivo, ibérico, tribal y africano. Lo he dicho otras veces que es ése el sello de nuestra raza. Pueblo unificado con dificultad, campo urbanizado a la fuerza, pueblo donde las encinas rústicas llegan hasta la puerta misma de la Corte, o somos regionalistas o ecuménicos; o comuneros de Castilla o capitales de Flandes; o nos vamos a América y al Concilio de Trento, o nos quedamos caciqueando en nuestra aldea; o nos disparamos hacia la universalidad y lo ecúmeno, lección eterna de Roma, o recaemos en la tribu, eterna tentación de Africa. Y por eso todos nuestros productos genuinos y expresivos de nuestras grandes épocas han estado fundados en esta doble zona de equilibrio, y serán el Góngora de las letrillas y de las soledades, el Quevedo de los sonetos casi marmóreos y de los romances casi plebeyos, la mística de los donaires populares de Santa Teresa y de

las profundidades doctorales de San Juan, o la América de los academicismos de Cuero y de Bello y de los popularísimos de Hernández y Descasvi, la expresión propia de un pueblo donde todos los humanismos y excelencias del Renacimiento se instalaron en una corriente vital e impura propia de un pueblo que prolongaba todavía la edad heroica. Esta es España en su gran momento. Dioses y mendigos en la pintura, héroes y graciosos en el teatro, místicos y pícaros en las letras, y ésta es, y lo veremos cuando estudiemos su fórmula especial, toda la fórmula expresiva de Cervantes, una equidistancia entre lo popular y lo culto, un equilibrio salvador que en proporción con el espíritu de la novela, hecho todo de arranques idealistas y llamadas a la sensatez, hace que así como cuando España se iba haciendo demasiado afrancesada o europeizante, la salva una alcaldada del monterilla de Móstoles, del mismo modo cuando al estilo de Cervantes se lo van llevando demasiado lejos los neoplatonismos o las fórmulas pastoriles o caballerescas, cuando se va haciendo demasiado culto o latinizante, lo salva una alcaldada de un romancillo popular o de un refrán manchego de Sancho. Esta es la fórmula de Cervantes. Todos los polos y todos los cobres que contribuyeron a la aleación de este buen metal del alma española, que sonó luego tan limpio y bellamente en la piedra de toque de la Historia universal. Y cuando, siempre, pero especialmente en la segunda parte de esta Asamblea, estudiemos los temas genuinamente de exégesis cervantista, nos daremos cuenta de que ese dualismo de su expresión exterior no es sino reflejo del dualismo y equilibrio interior que inspira toda la obra. Hasta su puesto en nuestra literatura está centrado en ese equilibrio dentro del esquema de nuestros productos genuinos. Podría trazarse ese esquema así: arriba, la mística; abajo, la picaresca; a un lado, el romancero; a otro, el teatro. Esta es la rosa de los vientos de España, la cruz de veleta que señala todos los ímpetus y ambiciones del alma nacional, y por eso todo el estudioso que quiera conocer ésta en su esencia genuina tendrá que ir a buscarla inserta en esos cuatro ángulos que forman la horizontal del heroísmo al ser cruzada de arriba abajo por esa vertical que va desde los abis-

mos de la picardía hasta las cumbres soleadas del amor de Dios. En el centro de esos cuatro ángulos, en el punto de cruce de todas las corrientes realistas e idealistas de nuestro espíritu, es donde está esa expresión total que es el *Quijote*. Ese equilibrio mismo ha hecho que se perturbe un poco durante siglos la comprensión sencilla de su expresión íntima y fundamental. Del *Quijote*, a través de los siglos, se ha dicho un poco todo, y a estas alturas podríamos aplicarle —lo dije en una ocasión en el Ateneo, cuando traté más ampliamente el tema de sus interpretaciones varias—, podríamos aplicarle aquellos versos de Alberto Lista, en la obra *Crucifixión de Cristo* :

Temblad, humanos. Todos en él pusisteis vuestras manos.

Ponen todos sus manos en el púgil que sale en triunfo del estadio. O ponen todos sus manos en el Redentor que va conducido al patíbulo. Y así, cuando todos ponen sus manos sobre alguien, al cabo de los siglos acaba por no saberse si aquello es una apoteosis o es un linchamiento. De ese *Quijote* así manoseado por todos, así un poco linchado o un poco exaltado por las generaciones, querría yo que en esta Asamblea avanzáramos unos pasos hacia su comprensión más cordial y sencilla. Será posible aplicándole una vista limpia de prejuicios, porque así, a poco que nos fijemos, encontraremos de antemano, antes de tanta complicación, el *Quijote* sencillo de la intención de Cervantes, que lo escribió creyendo casi al principio que escribía un pasatiempo, y después de tanta complicación de la vuelta, volveremos a encontrar el *Quijote* sencillo de la comprensión media y vulgar de los hombres, que se entienden perfectamente cuando hablan de quijotismos, o dicen una quijotada, o éste es un *Quijote*. Y así, por muy sinuosa que sea la línea intermedia de los comentarios y de las exégesis, yo creo que puede caminar sin riesgo de pérdida o extravío desde esa sencillez primera hasta su última sencillez. Porque hay un *Quijote* último, de sencilla belleza humana, que es aquel *Quijote* que le gustaba recitar en alto al poeta Enrique Heine, paseando por los jardines Dusseldorf. Decía él, «para que así los pájaros y las flores, criatu-

ras elementales anteriores a la ironía de los hombres, tomen el texto absolutamente en serio y lloren conmigo las desgracias del caballero». Yo querría que en esta Asamblea trabajáramos con la vista puesta en ese último *Quijote*, sencillo y humano. Por azares de la vida académica, señores asambleístas, no os preside un erudito cerradamente comprometido con la técnica; os preside un poeta, todo lo modesto que queráis, pero ése es su oficio, que hace suya, desde esta primera lección y sesión de la Asamblea, aquella letanía del inmortal poeta hispano-americano, el más grande poeta de la raza en estos tiempos, Rubén Darío, cuando en la *Letanía de Don Quijote* decía:

De las blasfemias, de las Academias, libranos, Señor.

Inscribamos el propósito de hacer nuestro trabajo austeramente académico, pero inscribamos también el propósito de no blasfemar nunca contra la belleza y contra la poesía y de no marchitar nunca con nuestra manipulación científica ese último *Quijote*, de desnuda belleza humana, que era el que le oían recitar a Enrique Heine los pájaros y las flores de los jardines de Dusseldorf.

Dije que en el arranque primero de la concepción de Cervantes había una idea sencilla de pasatiempo, y no lo digo por mí, porque él lo dijo claramente en el *Viaje al Parnaso*: «Yo he dado en *Don Quijote* pasatiempo al pecho melancólico y dolido.» Hoy nos parece esa palabra casi sacrílega por su desproporción con lo que en definitiva nos dió. No quiere esto decir, como se ha dicho, que tenga el *Quijote* poco menos que una raíz mística de absoluta inconsciencia en su composición. Pero sin llegar a esta exageración, sí es evidente que una de las dos fundamentales vertientes del Renacimiento, la que es pareja de la otra, que es su riguroso racionalismo, es la de su espontaneidad naturista. La de su ciega vitalidad creadora, y en ese sentido sí es evidente que las dos fundamentales empresas humanas que abren y cierran nuestro Renacimiento, la de Miguel de Cervantes, después, y primero la de Cristóbal Colón, se consumaron en una especie de ciega embria-

guez creadora, sin valorar exactamente la medida de los logros conseguidos, porque uno y otro sí murieron persuadidos de haber alcanzado unas doradas Indias, pero sin darse exacta cuenta, ni uno ni otro, de que en realidad habían descubierto un nuevo mundo para la Humanidad. Por eso, por esa raíz de primera inconsciencia, ese nuevo mundo de Cervantes ha llegado hasta nosotros interpretado parcial y lateralmente, tanto más cuando es una obra irónica, construída, por lo tanto, como toda obra de ironía, sobre dos zonas: una zona oscura, deprimente y crítica, y una zona luminosa, estimulante e idealista. Ha llegado a nosotros, hasta la generación pasada, con interpretaciones apoyadas con exclusivismo en una y otra zona, o sea un *Don Quijote* demasiado enfocado nada más que hacia las caídas, los batacazos y las palizas del héroe; otro demasiado enfocado nada más que hacia Dulcinea, o Clavileño, o sus arremetidas ciegas e idealistas. El uno, demasiado propicio para desembocar en un pesimismo paralizante, y el otro, demasiado propicio a desembocar en un idealismo irreflexivo. Es el *Quijote* de la generación pasada, o más de la antepasada. El uno, demasiado propicio a sentarse en los cenáculos de los intelectuales que habían decretado la irremisible decadencia de España, y el otro, demasiado propicio a marchar alegremente al frente de los pelotones que iban a cualquier ruina arrullados por el chinchín de cualquier música patriotera. Pero no hemos llegado en este centenario a una época de equilibrio, a una época de síntesis, mucho más rigurosa en sus enfoques históricos, y, sencillamente, al *Quijote* hay que colocarlo en su momento histórico, que es la sutura y enganche entre la continuidad de los valores de nuestra edad heroica y las aportaciones humanas, críticas y moderadas, de nuestro Renacimiento. Era un momento de crisis, un momento de límite. España acababa de vivir una época de euforia absolutamente imperial, en la que no se sentía a sí misma, como el cuerpo sano no siente sus propios órganos; pero el Imperio, que con Carlos V era tarea de creación que había que realizar a caballo, como lo pintó Tizziano, con Felipe II era tarea de conservación, que había que realizar deshojándose hasta altas horas de la madru-

gada la luz de la palmatoria en su mesilla de burócrata, y los españoles somos mejores guerreros que burócratas. Y por eso fácilmente empieza a resquebrajarse esa unidad y empieza a nacer dentro de nosotros la sensación cenestésica del cuerpo que certifica su salud quebrantada, que se siente a sí mismo y que anuncia ya la angustia con que dentro de poco a Góngora le va a doler el estilo, a Quevedo le va a doler la Patria y a Cervantes le va a doler la vida.

Sí, colonizamos a América, pero escribimos el libro del Padre Las Casas. Fundamos la Compañía de Jesús, pero con el Padre Mariana escribimos el *Libro de las enfermedades*. Hicimos nuestro teatro grande y clásico, pero con Lope de Vega, en su arte nuevo, lanzamos su mayor reparo. Hicimos hazañas y aventuras y escribimos poemas y libros de caballería, pero escribimos el sentido crítico del *Quijote*, y ante este dualismo ya no quedaban más que dos caminos: o prolongarle desesperadamente el lado heroico del dilema en un mundo de ficción, y entonces, como ya lo que ayer eran evidencias se han convertido en problemas, nace el drama, que se llamará Lope de Vega, o apoyarse decididamente en la parte crítica del dilema, y entonces, encarándola con sonriente verdad, nace la ironía, que se llamará Cervantes. Son los dos regímenes de las dos grandes figuras del espíritu de la época. Lope de Vega, soldado de la Invencible, se daba cuenta en la borda de aquellos barcos de lo que se perdía con aquellas naves que se hundían ante sus ojos entre nimbos de plata temblorosa, y, tapándose los ojos con su capa española, y refugiándose en el mundo de la ilusión, decide, al volver a España, inundarla con aquel teatro suyo, enorme, gigantesco, angustioso, como los restos de un naufragio, en el que Lope pretende a la desesperada reconquistar con las letras todo lo que las armas habían perdido ante su vista en el gran tablero azul del Canal de la Mancha. Pero, en cambio, Cervantes, el gran soldado de Lepanto, que ya no va embarcado en la Invencible, al que le coge la noticia del desastre yendo y viniendo como alcahalero por las llanuras de la Mancha, se pone a escribir melancólicamente por llanos y veredas y por mesones el libro del hidalgo

loco que se da unas costaladas porque arremete contra unos molinos de viento, creyendo que eran unos gigantes. Ahora bien : ¿quiere esto decir que el *Quijote* está construido sobre una zona pesimista, o está construido sobre una línea crítica, o que debe prolongarse este criticismo como se ha hecho hasta insertarlo en los criticismos heterodoxos de la época, diciendo incluso que era un erasmista Cervantes y que se construía una política de prudencia para con ella disimular la abstracta heroicidad de su pensamiento íntimo? No. El criticismo de Cervantes no viene tan bajo, sino se queda en el nivel medio, que representaría en él la tierra de la Mancha, del equilibrio humano, o sea que el *Quijote* es, no el héroe que se desfonda en la desilusión, sino que cae en la tierra. El héroe que desciende hasta el hombre. Esa es la fórmula definitiva del *Quijote*. Acaso sus capítulos de madurez, mucho menos citados ordinariamente, y para mí de los más conmovedores, son aquellos en que el héroe se acerca, después de venir de las llanuras interiores, a Barcelona, y al recibir sobre sí el áurea del Mediterráneo, el mar donde había nacido *Tirant lo Blanch*, el único libro de caballería que por su equilibrio él había salvado en el escrutinio, todo se modera en el libro, las burlas se hacen más ponderadas y todo termina en aquel momento, lleno de emoción, en que en la casa de Antonio Moreno es sacado el héroe, sin sus armas, en calzas y jubón, al balcón para que se rían de él los muchachos. El héroe, desnudo de sus armas, en su pura humanidad, enseñado a las turbas. La literatura ha perdido el héroe, pero ha ganado al hombre, al hombre que poco después va a morir en su cama, confesándose, haciendo testamento y proclamando al morir : «Ya no soy Don Quijote de la Mancha, ya no soy más que Alonso Quijano, a quien mis costumbres me dieron el sobrenombre de *el Bueno*. Momento inaugural de la literatura moderna. Ya podían romper sus plumas los autores de Amadises de Gaula y de Flodiseles de Níquea. Pero, en cambio, ya podían ir afilando la suya los Dickens, y los Ibsen, y los Dostoyesky, y los Pereda, y los Galdós, todos los que en el futuro habían de cantar esa lucha y ese conflicto, no menos heroico, entre la estatura de nuestros ideales

y las mentidas posibilidades de nuestra Humanidad. Pero lo que ocurre, sencillamente, es que aun así estos hombres del mundo de ficción futuro que han de pelear por ese ideal, por la gran estatura de sus ideales y por la fuerza de su lucha, serán el *Brand*, de Ibsen; serán el *Fausto*, de Goethe; serán una porción de seres de mil cataduras distintas, y muchos incluso desviados, pero todos de linaje quijotesco, que lucharán por ese ideal y que de vuelta, aun apaleados y vencidos, reingresarán en la compañía de los héroes y vuelven a instalarse en el mundo de la epopeya. Así es como de vuelta en ese sitio quedará para siempre el *Don Quijote*. Por encima de todo claroscuro irónico, el *Quijote* está vencido y ladeado del lado del gigante frente al molino, del lado estimulante y del lado luminoso, entreverado con un claroscuro de ironía. Sí. Pero es que ése es el modo que el mundo tiene de conocer a los héroes. En el mismo libro se verifica este tránsito claramente. En la primera parte, las aventuras surgen espontáneamente por la iniciativa del héroe. Es él el que acomete a los molinos o el que acomete a los rebaños. En cambio, en la segunda parte, ya es recibido como tal héroe por el mundo, y ya es en los duques o es el bachiller Sansón Carrasco, los que crean el clima de sus aventuras. Ya no inventa él sus aventuras, se las inventan. Es decir, que ya el mundo le recibe como tal héroe, porque éste es el modo que el mundo tiene de reconocer a los héroes perpetuamente. Los políticos montan sus grandes instituciones, escépticamente muchas veces, para engañar a los quijotes de la libertad, y para engañar a los quijotes de la paz montan los otros sus tinglados internacionales, y para engañar a los redentores de las masas montan algunos sus revoluciones, escépticamente y sin fe. ¡Que muchos, sí, los falsos creyentes, montan muchas veces sus morales acomodaticias y sus burocracias espirituales, pretendiendo engañar al propio Dios! Pero en estos engaños va como implícito un homenaje al héroe o al soñador, que es el que va dando siempre el nivel último y la meta de la Humanidad. Porque lo mismo ante el soñador que ante el *Quijote*, como ante Cristo, el *Inri* que en definitiva la Humanidad escribe sobre su cruz, creyendo ser el pasquín de una

burla, acaba por ser la proclamación de una realeza. En esa realeza es en la que tenemos que colocar para siempre al *Don Quijote*, que es también la realeza del quijotismo de España, que nunca ha sido reconocida de otro modo, sino de ese modo indirecto, de esa zona oscura que acompañaba al idealismo de *Don Quijote*. A estas alturas del mundo, señores assembleístas, nosotros no lloramos ningún irredentismo de praderas verdes ni de húmedas cornamusas montañosas, pero lloramos el irredentismo de zonas enteras de nuestra verdad histórica. A nosotros no nos han arrancado ningún pedazo de nuestro cuerpo, pero nos han arrancado pedazos de nuestra dignidad nacional. A nosotros no nos debe el mundo ninguna de esas complicadas contrarriñas internacionales, que yo no entiendo, y que por ahí hay, pero nos debe la honra y la comprensión de nuestro Loyola, y de Felipe II, y de nuestro *Don Quijote*, y nos la deben porque todos ellos pelearon por la redención del género humano, en todos sus sentidos en el mundo de la política, o en el mundo de la fe, o en el mundo de la ficción, y el destino de todos los redentores es el de subir a la cruz, acompañados por los salivazos de los propios beneficiarios de la redención. Quede, pues, de este modo resumida toda mi breve exégesis del *Don Quijote* cervantino. Por encima de todo claroscuro, Quijote y quijotismo son palabras estimulantes. Sancho Panza y sanchopancismo, palabras deprimentes. Y Dulcinea es lo que se añade a la mujer amada que no es amada del todo hasta que no es un poco Dulcinea. Y el ama, y la sobrina, y el bachiller son las conspiraciones de la mediocridad. Y Clavileño, el vuelo de la fantasía. Y el Retablo de Maese Pedro, el mundo de la maravilla. No hay que ir más allá. El quijotismo es un toque de luz que levanta la mirada española, porque de Don Quijote, parodiando a San Juan de la Cruz, podría decirse que al pasar entre las cosas vestidas, las dejó desnudas. Hace poco, en una revista americana, yo veía un molino de viento puesto como viñeta. ¿Cómo es posible que un artefacto de molienda haya llegado a esa categoría, al lado de lo que podía ser una paloma, un águila, un laurel? Es que el molino fué gigante un día por virtud de la locura de Don Quijote

y del arte de Cervantes, y ya fué gigante para siempre; mejor dicho, ya no necesitó ser gigante, porque su propia realidad, hasta ventosa y gesticulante de molino, quedó vestida para siempre de una gigantesca fuerza de maravilla y de idealidad. Y si le preguntamos a Aldonza Lorenzo en su aldea, nos dirá, como nos lo dijo en su pieza Gastón Batí, que ella tomó en serio su papel de Dulcinea del Toboso. Y si vamos a preguntar a Teresa Panza, allá, en su corralillo aldeano, nos dirá que bastaron unas palabras del paje recadero para hacer tantos estragos en su mente como los libros de caballería en Don Quijote, y que es de verdad la señora del Gobernador de la ínsula de Barataria. Y creo que si fuéramos a preguntar al propio bachiller Sansón Carrasco, que representa en el libro el absoluto equilibrio mental, nos confesaría al oído que él guardaba ya en la cómoda de su cuarto, en su último cajón, las armas y los espejos que le sirvieron para disfrazarse de Caballero de la Media Luna, y que algunas noches, cerrándose en su cuarto mientras digería su buena olla manchega de la cena, gustaba pasearse con ellos para recordar aquella escapatoria, burlesca si queréis, pero escapatoria al fin, al mundo de la caballería y de la ilusión. Esta es la herencia espiritual española. Quijotismo fué todavía el optimismo de Rubén cuando cantaba «íncultas razas ubérrimas, sangre de Hispania fecunda». Quijotismo era todavía ayer la tenacidad entusiasta de vuestro Premio Nóbel, Gabriela Mistral, cuando decía: «España, y si perder supieran, sólo España y Jesucristo, y el mundo todavía no entiende lo que ha visto.» Que entienda el mundo la verdad, que entienda aquel libro que la raza española ha dado al mundo. Es el libro del héroe tocado por un rayo de luz. Es el libro del hombre, del hombre, sí, que cuando se eleva a demasiada altura, arrastrado por el molino de viento o por el vuelo inmóvil de Clavileño, cae, sí, pero no cae más allá del nivel medio de la cortesía, de la sensatez y de la verdad. Que entienda esto el mundo, y habrá entendido ese *Quijote* humano, de sencilla y última belleza, que era el que oían recitar en alto a Enrique Heine los pájaros y las flores de los jardines de Dusseldorf.